

ANTE LA TUMBA DEL ESCLARECIDO JURISCONSULTO, SR. DR. D. JUAN JARAMILLO (*)

¡Aquí. . . junto al postrer escollo del tumultuoso mar de la existencia, donde las generaciones se estrellan sin cesar unas tras otras; aquí, donde termina nuestra peregrinación sobre la tierra; aquí, donde tantas veces hemos dado el último ¡adiós! á cuantos nos precedieron, venimos hoy á despedirnos de nuevo!. . .

Los venerandos restos del compatriota ilustre que nos deja, nos hablan todavía desde el féretro. . . . las cenizas del genio no enmudecen: con la imperiosa voz de los recuerdos nos muestran el sendero de luz que él nos trazara, durante el curso de su vida mortal sobre la tierra. . . .

No es un meteoro de tenue claridad el que hoy se extingue, sin dejar rastro alguno de su aparición en el vacío; es uno de los últimos y más luminosos astros del esplendoroso cielo de las glorias patrias el que acaba de eclipsarse para siempre trás el confín del sepulcro.

¡Quién me diera formular en este instante la apoteosis de los nobles hechos, de las heroicas virtudes del hombre extraordinario, que como católico supo venerar su Religión, y como ciudadano supo desvirse por su patria! Mas, aquí, nos es dado tan sólo despedirnos!. . . La Historia es la depositaria de los grandes hechos; ¡ante las tumbas se depositan sólo lágrimas y recuerdos!. . .

Un recuerdo de gratitud, tal es el humilde tributo que á nombre del Seminario de esta diócesis, vengo á ofrendar ante el sepulcro del abnegado director y sabio maestro de la juventud que le llora inconsolable.

Entre las prendas morales que tanto enaltecieron al ínclito jurisculto, fué la más noble sin duda, la de su decisión cordial, franca y sincera en favor del Sacerdocio. Fiel á sus convicciones profundas de verdadero católico, veía en el Sacerdocio una institución sublime, no de ángeles, sino de hombres, cuya misión sobrehumana es imitar la abnegación de su divino Maestro, con todas las irriciones, con todas

(*) Escrito para las circunstancias del momento, este suscinto bosquejo necrológico debió ser recitado en el cementerio, ante el cadáver del ilustre finado; pero incidentes imprevistos lo impidieron.

las calumnias, con todas las ignominias, ultrajes y sarcasmos de su pasión dolorosa: con el triste abandono y la pérfida traición del Huerto de la agonía; con el girón de púrpura y la corona de espinas del Pretorio; con la pesada cruz del sacrificio en la senda de la amargura; con la crucifixión, si es preciso, en el Calvario. Si, el Dr. Jaramillo amaba al Clero, le amaba con predilección y protestaba con ejemplar energía contra la deslealtad de esos espíritus menguados, que hoy como nunca hacen gala de parodiar contra él las irriciones sangrientas del Pretorio.

De estos sentimientos grandiosos de su alma privilegiada provenía la deferencia especial que profesaba al Seminario. Más de veinte años de su vida, consagrados á la enseñanza gratuita de la juventud de este Colegio que tantas glorias le debe, sin más retribución que su inevitable complacencia en practicar el bien, y en sacrificarse por la prosperidad verdadera de su patria, son una prueba elocuente de que la Religión y el patriotismo fueron el culto exclusivo de su corazón magnánimo.

¡Alma bienaventurada, gozará ya del imperecedero galardón de sus virtudes! Las plegarias del Clero agradecido, las bendiciones de la juventud y de la sociedad entera inconsolables, aumentarán, no lo dudamos, el esplendor de su corona de gloria, allá en los cielos. Si, de la sociedad entera inconsolable; porque no hay corporación particular, científica ó civil, de industria ó de beneficencia que no eche de menos el generoso impulso, la entusiasta cooperación, la abnegación sin ejemplo del bienhechor universal, cuya pérdida irreparable deploramos.

La Iglesia ha perdido un denodado campeón entre sus fieles; la ciencia uno de sus mejores oráculos; el foro un ilustre publicista; el ministerio un magistrado probo; el parlamento un legislador inflexible, un defensor entusiasta de los derechos del pueblo; las universidades y colegios un Mecenaz; la juventud un Mentor; la conferencia de San Vicente de Paul un abnegado apóstol, cuya ardiente caridad estaba siempre pronta para endulzar las amarguras de la indigencia, consolar á la orfandad y compadecer la miseria en todas partes. La familia, ¡ay! la familia pierde un esposo ejemplar y un padre inimitable!. ¡La sociedad pierde una de sus más preciadas galas; la patria, una de sus justas glorias!.

Vosotros hombres de Estado, polífticos, jurisconsultos, moralistas y filósofos que más de una vez acudísteis á él como á un oráculo; vosotros, mejor que yo le conocísteis: religioso sin fanatismo, piadoso sin afectación, austero en sus costumbres, accesible sin frivolidad, firme

sin obstinación, respetuoso sin bajeza, benéfico sin ostentación, sabio sin presunción; en todas partes sus luces, su probidad y su experiencia puestas al servicio de sus semejantes, le atraían el aprecio universal. Por su inalterable paciencia, por su profunda modestia, por su entera conformidad á los decretos del cielo en las más horribles pruebas, ofrecía el tipo fiel del filósofo cristiano ¡Puesta su vista en la Cruz, única esperanza del mortal sobre la tierra, avanzó denodado por el sendero escabroso de la virtud que le condujo al cielo! . . .

¡Adiós! venerable anciano, decidido protector y leal amigo! . . .

El Seminario al daros su triste ¡adiós! se despide tan sólo de vuestros restos mortales. El ejemplo de vuestras grandes virtudes será para la juventud que aleccionásteis el faro luminoso que ha de guiarla en la noche de los tiempos. Ante vuestras cenizas venerandas, esta juventud comprende una vez más, que la muerte del justo es el primer albor de la región de luz que se abre trás el sepulcro.

¡Protector, Maestro y amigo. . . ¡Adiós!. . . ¡Adiós!. . .

Tomás A. Alvarado.
